

LA GEOPOLÍTICA DE LA INTEGRACIÓN ENERGÉTICA EN 2013

El “Acceso a los bienes comunes” se plasma como uno de los derroteros de la política exterior estadounidense, incluso por parte del Departamento de Defensa. En su documento estratégico se señala que

A fin de capacitar el crecimiento económico y el comercio, Estados Unidos trabaja con los aliados y socios para proteger la libertad de acceso a los bienes comunes —las áreas más allá de la jurisdicción nacional que constituyen un tejido vital del sistema internacional—. Estados Unidos continuará conduciendo esfuerzos globales con aliados y socios para asegurar el “acceso” y uso de los bienes globales, a través del fortalecimiento de las normas internacionales o conducta responsable, manteniendo las capacidades militares relevantes e interoperables (U.S. Department of Defense, 2012: 3).

Se suele dar por hecho la colaboración de los países vecinos de Estados Unidos para mantener la “libertad de acceso a los bienes comunes”, no obstante, no es evidente que todos sus ciudadanos tengan la claridad del alcance de la propuesta neoliberal, considerando que constituye el código geopolítico mismo de Estados Unidos.⁴

La importancia de la energía para la seguridad nacional y la política exterior de este país resulta fundamental para su solidez económica y su liderazgo en el mundo. Una oferta energética abundante significa una palanca de negociación y mayores ingresos para su economía (U.S. Department of Defense, 2012: 3). Dicha estrategia de Estados Unidos consta de dos pilares fundamentales en su proyecto hegemónico:

⁴ Los bienes comunes son los elementos naturales o socialmente construidos que tienen la característica de ser colectivos y transgeneracionales. También se definen como aquellos cuyo uso y disfrute pertenece a todos los hombres y no a uno, tales como el mar, las playas, los bosques, por ejemplo.

- I. La construcción de la seguridad energética de “América del Norte”, con Canadá y México como comparsa, bajo el proyecto de “independencia energética” de Estados Unidos. Si bien este tema fue enarbolado en la pasada contienda por el candidato presidencial Mitt Romney,⁵ su carácter tiene vigencia en las propuestas de centros de pensamiento (*think tanks*) que lo avalaron. Incluso en lo sustantivo de la propuesta hubo convergencia entre los dos candidatos presidenciales (Barack Obama y Mitt Romney) en aspectos como la reducción de las importaciones de fuentes extranjeras, una expansión de la producción de energía en Estados Unidos, para estimular la economía y generar empleo, así como reducir los riesgos de la dependencia para la seguridad nacional (Council on Foreign Relations, 2012). Sus promotores han destacado la importante base de recursos combinados de Estados Unidos, Canadá y México, que permitiría alcanzar una producción de 18 MMb/d hacia el 2020. De ahí la importancia en asegurar el “acceso” a la energía.

En especial, destaca la participación de Canadá como exportador neto de energías a Estados Unidos. En materia petrolera, esto es posible gracias a la amplia dotación de recursos no convencionales (175 m MMb en arenas bituminosas) con que cuenta Canadá y la construcción del gasoducto Keystone que atravesará el territorio estadounidense hasta el estado de Texas. México es importante como un espacio de negocios para su industria gasera (gas de lutitas), para sus empresas de servicios, las cuales se benefician a partir de los contratos para la exploración y explotación petrolera y, en lo futuro, a través

⁵ Según Tom Gjelten (2012), Romney deseaba “usar la presidencia para persuadir u obligar a México a facilitar el camino para que empresas estadounidenses ocupen una posición más prominente en la extracción de petróleo y gas natural en México”. Tras un nuevo “acuerdo regional”, en su propuesta sobre energía, la cual se resume en el sitio de Internet de su campaña, se afirma que “Romney hará de Estados Unidos una superpotencia energética, incrementando rápida y responsablemente nuestra propia producción y asociándonos con nuestros aliados Canadá y México para lograr la independencia energética en esta parte del continente para 2020”. Al llegar a la presidencia, Romney afirma que buscaría “establecer un nuevo acuerdo regional para facilitar la inversión transfronteriza en energía, promover y ampliar la cooperación regulatoria con Canadá y México”. En su plan de energía, Romney enfatiza que “colaborar con estos países en el desarrollo de energía, [Estados Unidos] puede garantizarse una fuente confiable y costeable de energía mientras abre nuevas oportunidades para negocios y trabajadores estadounidenses en la región” (véase también Brooks, 2012).

de la incorporación de “operadores” y asociaciones estratégicas, en la zona de la frontera en el Golfo de México, una vez que se ponga en marcha el Acuerdo de Yacimientos Transfronterizos, por parte del Congreso estadounidense. La reforma energética anunciada por Enrique Peña Nieto cumpliría la función de elevar la producción de energía que servirá para fortalecer la seguridad energética de América del Norte. Bajo la propuesta estadounidense, el aumento de la producción mexicana “pudiera ser crítica para los suministros mundiales” (Pascual, 2013: 2).

- II. La revolución del gas de lutitas ha llevado a la convicción de la sociedad estadounidense de que su país se encuentra en un punto de inflexión en materia energética, debido al aumento en la oferta de gas en Estados Unidos (de 18 000 a 23 000 billones de pies cúbicos desde 2005) y el aliento a una transición energética en favor de los recursos renovables. La creencia de que esto constituye una “revolución” surge del impacto que el desarrollo del gas de lutitas ha tenido para Estados Unidos sobre variables macroeconómicas, como el nivel de producción nacional, el empleo, el desarrollo de manufacturas y otros aspectos que favorecen su posición internacional.

Esta bonanza ha permitido un giro en los pronósticos que estimaban altos niveles de importaciones en gas natural licuado (GNL), que ahora se están cancelando. El aumento en la producción de gas de lutitas (*shale gas*) coloca a Estados Unidos como el primer productor de este combustible a nivel mundial. La nueva situación fortalece a la economía estadounidense. La explotación del gas de lutitas y su complemento el petróleo de lutitas (*shale oil*) son vistos por Estados Unidos como la posibilidad de nuevo posicionamiento geoestratégico a partir de un potencial energético que lo colocaría en igualdad de circunstancias con socios y rivales, lo que permitiría avizorar una modificación de los equilibrios energéticos a nivel mundial.

Estos cambios afectarían la posición de importantes productores de gas natural en el mundo, a partir de la disminución de la importancia actual y proyección futura de países productores de petróleo y de gas que son las primeras potencias mundiales, como Arabia Saudita, Rusia, Venezuela e

Irán. Con ello se intenta modificar la ecuación estratégica global en los próximos cincuenta años en aspectos como la reducción de la participación de las importaciones europeas del gas procedente de Rusia⁶ y la disminución de la presencia de Venezuela en el mercado estadounidense de GNL, y alcanzar así los volúmenes de producción petrolera de Arabia Saudita. Argelia sería parte de los objetivos, por su participación como proveedor del mercado de Europa occidental, así como por su apoyo a la creación de una OPEP pero de gas. Hasta ahora, el resultado más importante de esta “revolución” ha sido la reducción de sus importaciones de GNL procedentes de países africanos y algunos del Medio Oriente, como Qatar, más Trinidad y Tobago en América del Sur.

Es evidente que la bonanza que experimenta este país obedece a la producción de gas de lutitas y, en menor medida, a la producción de petróleo, cuya oferta ascendió a 6.5 MMb/d en el 2012, de acuerdo con el Departamento de Energía (U.S. DOE/EIA, 2013). Cifra que, si bien no es desdeñable, está lejos de revertir la dependencia petrolera de Estados Unidos.

Cabe señalar que, como parte de esta “revolución”, no se plantea el objetivo de la autarquía petrolera. Ni la industria petrolera (a través de uno de los centros de pensamiento más importantes, el National Petroleum Council),⁷ ni el gobierno de Estados Unidos⁸ proponen cancelar los suministros petroleros del exterior. Por el contrario, se busca su permanencia y

⁶ Los rusos consideraron, en una primera reacción, que el gas de lutitas significará una dura competencia con su país, como uno de los muchos “choques externos”, por la posibilidad de minar la hegemonía rusa. Éste sería el principal efecto de la revolución del gas de lutitas: el debilitamiento de Rusia en el mercado gasero. Frente a esto, los rusos respondieron destacando los daños ambientales del proceso del fracturamiento hidráulico. Vladimir Putin, su presidente, dijo que “donde el gas se extrae usted está enfermo”. Países próximos a Rusia como Polonia y las ex repúblicas soviéticas, como Ucrania y Georgia, totalmente dependientes del gas ruso, buscan desarrollar su propia producción para liberarse de Moscú. Su principal empresa, Gazprom, ha aceptado vincularse a los precios spot de referencia de Estados Unidos como Henry Hub.

⁷ La presentación de este estudio, realizada por los funcionarios de este Consejo, se dirigió al entonces jefe del Departamento de Energía de Estados Unidos, Steven Chu. Ahí se cita, entre las conclusiones, lo siguiente: “Sorprendentemente, los recursos petroleros de Norteamérica son mucho más grandes de lo que se había pensado anteriormente. Estos recursos petroleros ofrecen una oferta importante para décadas y podrían a Estados Unidos *ayudar a reducir, aunque no a eliminar, su dependencia de las importaciones de petróleo*” (National Petroleum Council, 2011).

⁸ El Departamento de Estado, a través de uno de sus especialistas (Donilon, 2012), señaló que “la reducción de las importaciones de energía no significa que Estados Unidos pueda o deba desvincularse del Medio Oriente o del mundo”.

la estabilidad de los abastecimientos, bajo el argumento de la “interdependencia” como característica de los mercados.

Respecto del pasado, la estrategia energética no se limita al petróleo, ahora incluye tanto a los recursos fósiles convencionales, como a los no convencionales, a la generación de electricidad a partir de recursos renovables, el apoyo a la energía nuclear, e incluso a la eficiencia energética; es decir, todo.

Bajo su histórico sentido de “misión”, Estados Unidos se propone no sólo ser un árbitro en el manejo de potenciales conflictos vinculados con la energía, sino también “ayudar” a otras naciones a aumentar su oferta energética, construir capacidades, fortalecer instituciones que trabajen para la cooperación internacional. Un ejemplo de esta autoadjudicada “ayuda” es el Acuerdo de Yacimientos Transfronterizos suscrito con México para “desarrollar con responsabilidad” los recursos en el Golfo de México.

Estados Unidos trabaja en el convencimiento de la comunidad internacional de que su seguridad energética no constituye un juego de suma cero. Empero, en el despliegue de sus estrategias, el “acceso” a la industria petrolera y eléctrica, sobre todo para la explotación del gas de lutitas en México y otros países de América Latina, significa, en los hechos, la sustitución de capacidades físicas y humanas nativas (así como la extracción de la renta aquí generada) hacia los centros de poder. Esto se logra al abrir —en otros espacios territoriales— oportunidades a sus compañías sin la participación de los gobiernos locales. Esta situación garantiza de facto que lo que unos ganan, los otros lo pierden. Ésta ha sido la experiencia de la industria nacional mexicana, sobre todo después del TLCAN.

En suma, el proyecto estadounidense se encamina a asegurar la fortaleza económica de su nación, más empleos para sus ciudadanos y su liderazgo a nivel mundial. Su meta primordial es seguir siendo la gran potencia del siglo XXI.